

Epistemología de la psicología: ¿es posible pensar un fundamento existencialista?

José Alfonso Jiménez Moreno¹

¹ Instituto de Investigación y Desarrollo Educativo (IIDE)
Universidad Autónoma de Baja California
E-mail: jose.alfonso.jimenez.moreno@uabc.edu.mx

Resumen: Este texto se enfoca en la problemática de la relación entre psicología y filosofía, particularmente bajo una mirada existencialista. Considerando posturas sobre las bases epistemológicas de la psicología y su método de estudio, así como la invitación de la filosofía existencial a pensar sobre esta temática, se establece una reflexión enfocada a alimentar el debate de la vigente epistemología psicológica y la tensión que ello genera frente la aparente imposibilidad de conocimiento bajo métodos positivistas. Se aborda la necesidad de tomar en cuenta métodos que consideren el análisis de la condición de existencia y situaciones vitales para la comprensión de la constitución del sujeto. Se concluye con la posibilidad de cuestionarse un acercamiento de la psicología actual a la reflexión filosófica.

Palabras clave: Epistemología, psicología, existencialismo, metodología, investigación.

Abstract: This text focuses on the problematic of the relationship between psychology and philosophy, particularly under an existentialist gaze. Considering positions on the epistemological bases of psychology and its method of study, as well as the invitation of existential philosophy to think about this subject, a reflection is established focused on nourishing the debate of the current psychological epistemology and the tension that it generates in front of the apparent impossibility of knowledge under positivist methods. It addresses the need to take into account methods that consider the analysis of the condition of existence and vital situations for the understanding of the constitution of the subject. It concludes with the possibility of questioning an approach of current psychology to philosophical reflection.

Keywords: Epistemology, psychology, existentialism, methodology, research.

Introducción

La psicología es una disciplina que tiene una importancia singular en la sociedad actual. El crecimiento de las formaciones profesionales enfocadas a ella, así como su demanda en el ámbito profesional y de servicios a nivel mundial es innegable. El alejamiento de la formación del psicólogo respecto a la filosofía se ha considerado como uno de los grandes logros actuales en aras de resaltar el valor profesional del psicólogo como agente de solución de problemas sociales (Zanatta y Camarena, 2012). Frente a ello, vale una reflexión sobre la necesidad filosófica de la psicología, específicamente en aquella generada por la mirada conductista y psicoanalítica que se abordaba con gran ahínco desde el siglo pasado.

El bagaje filosófico del psicólogo suele orientarse a la delimitación de corrientes teóricas que sustentan su quehacer pragmático o a la descripción de la postura epistemológica que orienta las diversas formas de abordar los problemas que pretende tratar; a pesar de ello, en raras ocasiones se cuestionan o analizan de forma crítica sus bases filosóficas. Con base en esta problemática, el presente artículo muestra una reflexión sobre la relación entre la psicología y la filosofía, particularmente la perspectiva existencial, con el fin de aportar elementos para el debate del rumbo de esta disciplina respecto a la posibilidad de abordar el existencialismo como base de su ejercicio, sobre todo en el ámbito clínico. Si bien la psicología no debe pretender convertirse en una antropología filosófica, vale la pena repensar constantemente su epistemología para asentar de forma clara los elementos de su materia de estudio. El desarrollo del texto se efectúa entonces mediante una mirada existencialista considerando, por supuesto, algunas reflexiones de pensadores representativos.

La búsqueda de la observación como forma de legitimación

La psicología, si bien aún es una disciplina relativamente joven, se ha desarrollado bajo una perspectiva en la cual ha predominado el uso de métodos positivistas. La historia de la psicología nos muestra la forma en que ésta ha buscado su legitimación como ciencia mediante el uso de métodos retomados de otras ciencias, enfocadas principalmente en la observación y experimentación con fines de explicación y predicción de fenómenos. La lógica deductiva utilizada por los métodos positivistas ha facilitado de alguna manera la comprensión de los fenómenos psicológicos, delimitados particularmente como variables mensurables; aunque vale reflexionar

cómo esta lógica de razonamiento lleva a explicaciones sobre los sujetos y su propia condición de existencia.

La observación y la experimentación para comprender la relación entre variables que definen a un sujeto –en particular a su comportamiento– ha sido el estandarte metodológico de la psicología. En ese sentido, el objeto de estudio de la psicología ha sido, tradicionalmente, la conducta; esto ha sido una consecuencia de la búsqueda de alejamiento de esta disciplina de la filosofía especulativa y un acercamiento a la investigación científica (Castellaro, 2011; Parker, 2010). Por supuesto, se han alcanzado conocimientos de utilidad pragmática a partir de esta postura metodológica, como el caso de la psicometría, modelos instrucciones dentro de la psicología del desarrollo y la educación, así como formas clínicas de trabajo basadas en modelos de explicación rígidos como lo cognitivo y lo conductual. Estas explicaciones implican dos elementos: el primero de ellos es que el eje del sujeto y su conformación psicológica se establece en función de lo objetivo, es decir, de lo que es observable por terceros; el segundo de ellos es que los modelos explicativos de interés de la disciplina se desarrollarán solo en función de su propia capacidad de medición de rasgos relativamente objetivos. Frente a ello, en esta búsqueda constante de la precisión de los métodos que permitan medir y predecir las variables *definitorias* del sujeto (y los elementos relacionados con él) ha implicado la renuncia a elementos subjetivos, en palabras de Nicol (1941), se ha abandonado la dimensión vital del *ser* humano; es decir, de manera paradójica, la psicología se ha dedicado afanosamente en la búsqueda constante de lo que *es* el sujeto y los elementos que determinan su comportamiento renunciando a métodos que faciliten la comprensión de la vida subjetiva de las personas y su sujeción a una condición existencial.

Cada corriente psicológica concibe una forma particular de comprender al ser humano y la utilización de su conceptualización define las formas metodológicas para la indagación de los elementos que lo definen, así como las prácticas de intervención para la solución de problemas en diversos ámbitos, como el clínico, el organizacional, educativo, entre otros. En ese sentido, Monroy (2005) nos invita a reflexionar respecto a que el objeto de estudio de la psicología pareciera variar conforme lo hace su postura epistemológica. De esta forma, cada escuela de pensamiento renuncia a elementos que posibilitan una comprensión más global del ser humano en aras de mantener una congruencia epistemológica para la definición de su quehacer científico. A pesar de esta búsqueda estricta de congruencia metodológica, la psicología se ha establecido en el uso de la observación y experimentación para el conocimiento del comportamiento, lo cual es notorio en la psicología latinoamericana (Alarcón, 2002, en Ardila, 2004), intención con una fuerte tendencia al alejamiento de la filosofía especulativa y su método reflexivo.

El comportamiento y la posterior inferencia de la existencia de los elementos que le competen, como la cognición, la emoción, la percepción o los impulsos, se conocerá mediante la observación y cuantificación; aunque, como afirma Castellaro (2011), eso corre el riesgo de construir una

disciplina basada en un conjunto de reflejos. El problema surge en la búsqueda constante del entendimiento del comportamiento mediante el uso de métodos que suelen utilizarse en otro tipo de disciplinas (Seoane, 1980), como la biología, que busca el entendimiento de la vida mediante la observación de su manifestación, su medición y control. En el caso de la psicología, su método ha renunciado al estudio del hombre y su existencia, para reducir su actividad únicamente al estudio del comportamiento.

Esta aseveración parecerá un absurdo, sin embargo, conceptualizar a la psicología como una ciencia enfocada al conocimiento del comportamiento es definir su eje de generación del conocimiento en la concreción objetiva de la acción humana¹ y no a la psique o mente misma. En su texto, Nicol (1941) nos invita a reflexionar la manera en que este método no pretende el conocimiento de las condiciones de vida de los sujetos ni del elemento psíquico, sino que mediante la observación y medición se pretende la cuantificación de rasgos que no necesariamente reflejan la complejidad el ser humano y su existencia.

La psicología como negación de la psique o mente

La psique o mente, concepto griego de alma también cercano al *nous* (o entendimiento) o psicología subjetiva (Serbena y Raffaelli, 2003) como objeto de estudio inicial de la psicología representa una clara invitación a la consideración del estudio de procesos subjetivos y de sucesión de la vida misma de las personas.

La búsqueda constante de hacer objetivo al ser humano implica la negación de la constitución original de la psique, el rechazo al origen de la psicología misma. La psique nunca será un elemento observable y objetivo, y si bien suele manifestarse en la acción misma, su conocimiento a través de la observación de las acciones no parece ser un método para su comprensión, por lo que el intento de entendimiento de las voliciones psíquicas del humano mediante su manifestación solo ha favorecido al estancamiento de la disciplina, negando la existencia de lo que es indeterminable de forma objetiva. Por supuesto, al día de hoy existen diversas orientaciones psicológicas que asumen la existencia de elementos alejados de la comprensión objetiva, como la gestalt y la psicología genética de J. Piaget (Monroy, 2005) o la teoría de la praxis (Muruet, 2002); sin embargo, en lo general, la psicología se ha olvidado de la psique, su objeto primero de estudio, para enfocarse en la búsqueda de modelos relativamente objetivos que permitan la inferencia de la existencia de un *constructo* mediante métodos que niegan el existir del objetivo que pretenden alcanzar. Nicol

¹ Entendida en el sentido pragmático, no bajo el cobijo del concepto de *praxis*, como suele entenderse en algunas perspectivas filosóficas.

(1941; 2003), cuestiona si la acumulación de evidencias objetivas sobre el ser humano equivale a su comprensión, o bien, solamente favorece la descripción de acciones, lo cual es insuficiente para la comprensión del ser humano y su psique.

Por supuesto, los métodos tradicionales de la psicología han permitido la clasificación de lo que comúnmente se llama *personalidades*, de emociones y cogniciones, infiriendo la homogeneidad de la psique humana y siendo así víctima de la fantasía de la objetividad absoluta. Pareciera que la búsqueda constante de la psicología por ser considerada como ciencia positiva ha implicado el abandono mismo de su objeto original de estudio, pero le ha retribuido en una formación metodológica estricta orientada hacia la búsqueda de hacer objetivo lo que por sí mismo no será cuantificable.

Lo que la psicología ha dejado atrás: la experiencia

La psicología, como disciplina moderna, se ha enfocado en la búsqueda de métodos que la rectifiquen como ciencia, abandonando métodos reflexivos, en aras del el aseguramiento de la validez de sus resultados e intervenciones basadas en la objetividad. De acuerdo con Nicol (1941), en este proceso se han abandonado conceptos tales como *mundo, situación, vida y temporalidad*, pero en particular se ha olvidado de la relación del ser humano con la *experiencia*. Todos estos elementos, propios de una filosofía existencial, implican la consideración de lo subjetivo como proceso necesario dentro de la conformación de la vida y existencia misma del hombre (Heidegger, 2005).

La experiencia es un elemento propio del ser humano y es un proceso irrenunciablemente individual. Es un aspecto ajeno a lo animal (o a lo no-humano), en el sentido que la experiencia no implica un mero tránsito por la vida, sino que se relaciona íntimamente con el simbolismo que da sentido a la vida misma. El ser humano está siempre experimentando vivencias y es el fundamento de lo psicológico, ya que de éste depende la formación de carácter de la persona².

Por supuesto, la experiencia siempre será un proceso personal y es que el *yo* solo puede formarse en lo individual, en lo subjetivo. Si bien el simbolismo es un elemento colectivo³, la manifestación del símbolo como proceso de entendimiento del mundo se da únicamente en lo individual y subjetivo. La experiencia, por supuesto relacionada con la existencia, es un elemento

² En psicología es un proceso similar a lo que se determina “personalidad”, aunque este término implica el problema de considerar estructuras rígidas de acciones manifiestas que delimitan la posibilidad de ser, perdiendo así entonces el elemento subjetivo que determina a la psique.

³ Al respecto, como es bien sabido, los trabajos del psicólogo ruso Lev Vygotsky (1968) resultan interesantes, ya que sus postulados posibilitan la consideración de la formación de conciencia y pensamiento a través de procesos sociales.

irremediablemente humano. Como lo comenta Sloterdijk (1993), el *yo* se encuentra consigo mismo mediante la existencia, siendo extraño al mundo. La existencia y el saberse existente y ajeno al mundo es un proceso propiamente humano. El proceso personal de saber que uno existe es olvidado en la psicología, esta condición humana no es producto de discusión en la psicología actual.

Esta psicología alejada de la existencia del hombre se ha acercado a la descripción y clasificación de las funciones psíquicas a través de su manifestación en una acción en particular; sin embargo, se ha olvidado de lo definitorio de una experiencia, en el sentido que ésta es lo que determina la condición del hombre como *sujeto*; como una existencia sujeta a su condición de vida (y sus experiencias).

Continuando con la mirada de la filosofía existencialista, el hombre está sujeto al tiempo y al espacio, los cuales son elementos definitorios de la experiencia, ya que no se puede vivir –y por consecuencia, no se puede ser– sin la posibilidad temporal y de espacio.

En la experiencia de la vida, el tiempo y el espacio son elementos cualitativos y subjetivos. Si bien las experiencias pueden haberse compartido con otros y la medición del tiempo se realiza mediante elementos objetivos, la percepción de la temporalidad de las acciones es un fenómeno completamente psicológico. Es decir, saberse existente a través de la vida que uno ha experimentado es un proceso completamente individual y subjetivo, aunque como condición resulte un proceso universal. Las experiencias vividas que definen el ser de una persona están referidas siempre a elementos espacio-temporales, ya que el presente sería un elemento impensable si no fuera por la temporalidad que caracteriza al humano. Por supuesto, esta postura está evidentemente relacionada con la mirada heideggeriana, en la que la vida implica tener posibilidades abiertas, estar en camino hacia algo, y, por supuesto, temporalidad (Berciano, 1992).

En ese mismo sentido, el interés de la psicología en su distanciamiento de la filosofía especulativa, enfocado al uso de métodos científicas se hace mediante un abandono de la experiencia; es decir, se pierde de vista que lo que se siente siempre es en relación con algo, lo cual está *sujeto* a la temporalidad y a la experiencia de vida de la persona en concreto. La experiencia (con la conciencia de la temporalidad y de la extrañeza que el humano vive frente a su mundo), siempre será un elemento de concreción de la vida y el eje de estructuración y análisis de lo individual, dada su relación íntima con la temporalidad y el espacio que define la posibilidad de *ser* del humano.

Como parte de los elementos definitorios de la experiencia relacionados con la temporalidad está la muerte. La conciencia de muerte, presente en el ser humano, es analizada por la teoría psicoanalítica, pero no es considerada como elemento fundamental constitutivo del hombre en el

resto de las escuelas psicológicas, al menos como un eje de comprensión del sujeto. Tradicionalmente, en psicología se asume la existencia de la muerte y su posibilidad, más no se realiza un análisis de profundidad de su consideración como aspecto fundamental en la formación del sujeto. La muerte, si bien es un proceso universal, es constitutivo del humano, gracias a su relación con la temporalidad y la finitud misma del proyecto de vida. La posibilidad de *ser* que otorga saberse finito da la oportunidad de desarrollar propósitos de vida y generar angustias respecto a al hecho de mantener una relación estrecha con la muerte. En ese sentido, la muerte guarda una fuerte relación con las acciones humanas, la posibilidad de proyectarse a futuro (y actuar en consecuencia de ello) y experimentar vivencias que relacionen lo que el hombre fue, es y posiblemente será. La muerte es vivirse como posibilidad constante. La vida orientada hacia el futuro, hacia la posibilidad de *ser* aunado a la angustia de no saber si llegaremos a ser lo que deseamos o si podremos hacerlo son elementos constitutivos que en lo individual determina las acciones de cada persona. Si bien existen acciones psicológicas concretas que orientan hacia el enfrentamiento a la muerte, no se considera un análisis de ello como elemento definitorio de la existencia humana; ejemplo de ello es el ser para la muerte de Heidegger (2005).

La posibilidad de *ser* dada por la finitud, la temporalidad y la existencia en sí, se relaciona estrechamente con la libertad, en el sentido que ésta implica optar. Optar frente a la posibilidad de existencia es un elemento propio del humano y un eje relevante para la conformación del sujeto; como Nicol afirma, hay una forma única de vivir la vida biológica, pero una gran diversidad de vivir la vida humana (Nicol, 1941). La libertad de optar por lo que uno decide ser ha sido un tema superficialmente abordado por algunas corrientes psicológicas, en particular en la aplicación clínica, como el caso de la Terapia Racional Emotiva (Ellis e Ibañez, 1980), en la cual se asume la posibilidad de ser responsable de los pensamientos y emociones; sin embargo, no considera a la renuncia como elemento constitutivo del sujeto. La elección implica necesariamente la renuncia – a veces temporal– de un elemento de vida y el desarrollo del ser humano está en función de las experiencias que ha adquirido y de las decisiones y posibilidades que ha tomado para la constitución de las mismas; de tal suerte que el humano es todas aquellas decisiones que ha tomado, así como aquellas a las que ha renunciado. El *ser* que el hombre construye mediante su experiencia de vida incluye todo aquello a lo cual ha optado por *no ser*. En ese sentido, esa posibilidad de elección respecto al ser humano que una persona pretende ser, responde evidentemente a la voluntad. Desde la psicología tradicional, la actividad humana está supeditada a factores explicativos de la misma, es decir, el método de cuantificación de variables relacionadas con el comportamiento infiere que son los elementos exteriores al sujeto los que lo determinan, incluso aún las investigaciones actuales refieren a los factores cuantitativos de explicación del comportamiento. Si bien es innegable que la influencia del contexto posibilita ciertos sentidos dentro de la experiencia, la psicología se ha olvidado del elemento volitivo que representa la posibilidad de *ser* en el humano. Esta libertad de optar se llega a observar como una posibilidad de afrontar problemáticas cotidianas, normalmente ejemplificada en conceptos tales como *resiliencia*

(Manciaux, 2003); sin embargo, no considera en su totalidad la posibilidad de *ser* en el sentido amplio de la palabra. Es decir, no considera la posibilidad de que el ser humano se decida a sí mismo y defina su propio *ethos*. Al respecto, Juliana González (2007: 49) lo aborda de la siguiente manera:

“El hombre así...*no* tiene un sitio fijo en el cosmos, ni fijo ni programado, como bien lo vio el humanista del Renacimiento. Su sitio es móvil. Puede vivir dormido o despierto. Puede –o no– llegar a ser lo que es, humanizarse o deshumanizarse. Puede vivir –o no– en estado de vigilia y asombro. Pero este poder ser o no ser ni es absoluto ni es antinatural: proviene de la naturaleza misma, de una naturaleza prodigiosa que, justamente, lo ha determinado o *destinado a la libertad*.”

Al respecto, lo que ha realizado la psicología es centrarse en la delimitación de las facultades psíquicas del ser humano mediante métodos mayoritariamente positivistas, de gran alcance pragmático. La medición de rasgos psicológicos con fines de investigación y diagnóstico ha asumido que los rasgos psicológicos son estáticos, o bien, que las condiciones de la población son homogéneas (lo cual equivaldría a decir que las experiencias de las personas son uniformes, cuando, como se ha comentado, esto es un proceso irremediamente individual). Se establece una categorización psicológica de las personas, en el sentido que se puede inferir un rasgo psicológico en función de la acción concreta, cuando la relación de dependencia es a la inversa. La cuantificación de las acciones como reflejo de rasgos psicológicos no acepta así la individualidad de la existencia y su temporalidad, ni el hecho que el ser humano *es* dado que se encuentra constantemente *en situación*.

Nicol (1941, 2003) defiende la postura que afirma que el ser humano *está* siempre en situación. Es decir, no existe un sujeto aislado del mundo. No es que la situación sea lo que comúnmente se llama “medio ambiente”, sino que implica el *estar* frente a otros y *con* otros. El sujeto psíquico se irá conformando mediante se enfrenta al otro y, como consecuencia, se enfrenta a sí mismo. En psicología se asume que el sujeto vive dentro de una situación o un contexto, al punto que son esas variables las que permiten explicar el comportamiento observado en las personas o en un grupo de personas, de tal suerte que se ha entendido a la *explicación* del comportamiento humano como la descripción de los elementos que –estadísticamente hablando– explican la variabilidad de las mediciones observadas. Por supuesto, en el discurso científico positivista ello representa la explicación de un comportamiento, sin embargo, asumiendo la subjetividad y la existencia humana, no se atiende la *situación*, sino de variables contextuales.

La *situación* implica no solo variables del contexto, sino a la forma en que el sujeto vive y en las condiciones en las que lo hace, implica considerar que el hombre está totalmente presente en cada una de sus experiencias. Es decir, la situación de cada persona se vive de forma individual, se le atribuyen elementos de vitalidad gracias a la experiencia desarrollada por cada persona. Dos o más personas pueden compartir una situación (por ejemplo, trabajar en el mismo lugar), sin embargo,

la forma en que cada una vive la situación dependerá de las experiencias propias de cada uno; en ese sentido, las experiencias dentro de cada situación son elementos vitales, vaya, aspectos dentro de los cuales se vive la propia vida psicológica.

Cada situación que se vive es única y el modo de estar de cada persona dentro de cada situación se vive completamente de forma individual y subjetiva (en gran parte debido al sentido de la experiencia de cada persona). Vivir en situación implica, por supuesto, pensar en lo irremediable de la vida; es decir, que no es posible retroceder en ella –nivel de conciencia que, hasta donde se sabe, es propio del humano–. Es esta limitación de la vida respecto a que no puede vivirse sino a través de los propios ojos y de la propia experiencia, manifestada también a través de la finitud que la vida misma implica y de lo irremediable de vivir hacia el futuro es lo que hace que la libertad de acción se haga necesaria. La vida es irreversible y sus límites son necesarios para el ejercicio de la libertad, por tanto, la posibilidad de ser dentro de la situación de cada quien es un elemento vital para la conformación de lo psicológico.

Conocer la experiencia de cada sujeto se vuelve entonces el eje propio del conocimiento de la psicología, por lo que la determinación de una persona mediante la observación de sus acciones concretas con fines de predicción se torna poco viable, ya que ese tipo de esfuerzos no se orientará hacia la experiencia vital del sujeto; por tanto, el conocimiento generado asegurará un método válido para la comunidad científica instalada en métodos positivistas, pero de un nivel concluyente básico sobre el ser humano.

A manera de cierre

La psicología, en tanto que ciencia, guarda estrecha relación con diversos elementos de la filosofía, tal como la filosofía de la mente, la ciencia cognitiva y la filosofía de la ciencia (Martínez, 2010). Sin embargo, la falta de discusión en psicología sobre su epistemología orilló a asumir el enfoque positivista como eje rector de su quehacer (González, 2009). Si bien hay diversas posturas psicológicas, y en algunas de ellas se considera la posibilidad existente de elementos subjetivos como ejes de desarrollo, en general se sigue un procedimiento inductivo que carece de bases sólidas, así como de racionalidad deductiva (Seoane, 1980), que es un elemento fundamental en el conocimiento de lo subjetivo. Por supuesto, el psicoanálisis se ha mantenido distante de esta postura, incluso, la distancia epistemológica que guarda con la psicología se hace evidente en cuanto a que los psicoanalistas no se consideran dentro del gremio psicológico.

Por supuesto, existen diversas posturas filosóficas que pudieran orientar un panorama distinto con argumentaciones válidas para el ejercicio de la psicología en la actualidad, elemento de discusión en posteriores trabajos. ¿Es el camino científicista un método de acercamiento válido para este

objeto de estudio? ¿Representa el método filosófico una herramienta legítima para ejercicio de la psicología? ¿Es posible la consideración de una ciencia psicológica más cercana a la filosofía?

La reflexión sobre estos asuntos no es menor, particularmente en la línea de pensamiento de la psicología latinoamericana, que tradicionalmente se ha enfocado en la reproducción de modelos positivistas como medio de consolidación científica. Bajo la óptica existencialista, la psicología podría enfocarse en el estudio de las condicionantes de la vida misma como elemento de conformación de la psique. Ello, por supuesto, requiere de un acercamiento con la filosofía, o, al menos, una mirada más amplia que considere la posibilidad de métodos reflexivos basados en la racionalidad deductiva y no solo a partir de la experiencia pragmática. **¶**

BIBLIOGRAFÍA:

ARDILA, R. (2004). Psicología latinoamericana: el primer medio siglo. *Revista Interamericana de Psicología*. 38(2), 317-322.

BERCIANO, M. (1992). ¿Qué es realmente el “Dasein” en la filosofía de Heidegger? *Thémata. Revista de filosofía*. 10. 435-450.

CASTELLARO, M. (2011). El concepto de representación mental como fundamento epistemológico de la psicología. *Límite. Revista Interdisciplinaria de Filosofía y Psicología*. 6(24). 55-67.

ELLIS, A. e Ibañez, A. (1962). *Razón y emoción en psicoterapia*. España: Desclée de Brouwer.

GALLARDO, O. (2016). Ideas griegas sobre el alma y la divinidad: un análisis de la doctrina aristotélica. *ARS MEDICA Revista de Ciencias Médicas*, 31(1), 128-140.

GONZÁLEZ, F. (2009). Epistemología y ontología: un debate necesario para la psicología de hoy. *Diversitas*. 5(2). 205-224.

GONZÁLEZ, J. (2007). *De la materia a la vida y de la vida a la libertad*. México: UNAM.

HEIDEGGER, M. (2005). *El ser y el tiempo*. Santiago: Editorial universitaria.

- MANCIAUX, M. (2003). *La resiliencia: resistir y rehacerse*. España: Gedisa.
- MARTÍNEZ, F. (2010). El estado de la filosofía de la psicología. *Teorema*, 29(3). 175-196.
- MONROY, Z. (2003). De la filosofía de la naturaleza a la naturaleza de una ciencia: la psicología. En: Benítez, L., Monroy, Z., y Roblés, J. A. (Coords.). *Filosofía natural y filosofía moral en la modernidad*. UNAM: Facultad de Psicología.
- MONROY, Z. (2005). La psicología: conjunto vacío o saco de gatos. En: Monroy y Medina (Coords.). *Objeto y realidad en Psicología*. México: UNAM. 39-49.
- MURUETA, M. (2002). *Heidegger frente a la teoría de la praxis: discusiones sobre psicología y ontología*. México: Amapsi.
- NICOL, E. (1941). *Psicología de las situaciones vitales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NICOL, E. (2003). *La idea del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PARKER, I. (2010). *La psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- SEOANE, J. (1980). Problemas epistemológicos de la psicología actual. *Análisis y modificación de conducta*, 6(11).
- SERBENA, C. y Raffaelli, R. (2003). Psicología como disciplina científica e discurso sobre a alma: problemas epistemológicos e ideológicos. *Psicologia em Estudo*, 8(1).
- SLOTEDIJK, P. (1993). *Extrañamiento del mundo*. Valencia: Pre-textos.
- VYGOTSKY, L. (1968). *Obras escogidas. Tomo I*. Madrid: Visor.
- ZANATTA, E. y Camarena, T. (2012). La formación profesional del psicólogo en México: trayecto de la construcción de su identidad disciplinar. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 17(1). 151-170.

Recibido: Julio 2018. Aceptado: Septiembre 2018